



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10482

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 12 DE AGOSTO DE 1946.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FICHA

DE TODA CLASE DE VALORES

cotizables en las Bolsas

DE MADRID, PARIS Y LONDRES

CAMILO PEREZ LURBE

12 CASTELLANI, 12

Véase anuncio MODA Y AR-
TE en la tercera plana.

LOS TIRADORES

DE MINDANAO.

Señor Director de El Eco.

Con esta denominación ha or-
ganizado el general en Jefe del
Ejército de operaciones en Mindanao, Excmo. Sr. Marqués de Peña-
Plata, una compañía compuesta de
un capitán, cuatro subalternos,
cuatro sargentos europeos, doce
cabos europeos ó indígenas, tres
cornetas y ciento cincuenta y nue-
ve soldados, que saldrán de los
nueve regimientos de infantería,
cada uno de los cuales facilitará
un cabo y diez seis hombres, todos
ellos voluntarios con preferencia
a los olivos, siempre que reúnan
las condiciones de aptitud y robus-
tez necesarias para el combate y
penoso servicio de exploración que
han de prestar, así como el de la
guardia civil en campaña.

El uniforme de esta fuerza será
el que en la actualidad usa la in-
fantería, con cuello y bocanangas
verdes, con sardinetas en las se-
gundas y corbata blanca en las
puercas del primero.

Esta fuerza, además del plus de
campañero que disfrutará en todo
tiempo, gozará de los mismos ha-
beres que la guardia civil.

Los deportados, morbos ó cual-
quiera otro individuo ajeno al
ejército, que formen parte de esta
compañía, disfrutaran el haber de

dos pesetas diarias y la ración de
arroz.

Esta fuerza se destina principal-
mente a practicar el servicio de
exploración en la zona en que ope-
re, para contrarrestar las conti-
nuas asechanzas del enemigo, man-
teniendo constantemente el con-
tacto con él, observándole siempre
y combatiéndolo allí donde le en-
cuentre.

La compañía, por la índole de
su especial servicio, no tendrá si-
tuación determinada ni estable en
ningún punto de la línea y única-
mente en fuerte Victoria u otro
punto central, que no sea parada
de convoyes, se le proporcionará
camarines alojamientos donde pue-
dan guardar sus efectos y pernoctar
con mas frecuencia.

El mando de los tiradores de
Mindanao se ha confiado al capi-
tán D. Ramón Seoane y los cuatro
subalternos serán sorteados, entre
los que se han presentado volun-
tarios.

Se asignan con cargo al crédito
de la campaña 500 pesos anuales
para gastos de espionaje y se-
cretos.

Hasta otro día se despide de V.
su afectísimo amigo y paisano

q. b. s. m.

ANTONIO BUTIGIEG.

Campanero Malabang, 16 Junio 46

TIJERETAZOS

Dice «El Diluvio» de Barcelona:

«Los embajadores de Francia y de In-
glaterra se han dirigido al gobierno pi-
diéndole que procure evitar los robos
en Cuba.»

Permitamos el colega un momento de
asombro mientras recapacitamos en lo
extraño de esa petición.

Los periódicos hablan a diario de las
preocupaciones militares que el gobierno
tiene para que los sucesos no le salgan
desprevenidos.

Porque el gobierno sabe que los in-
dianeros laboran.

Eso lo sabe todo el mundo.

Y espera que el gobierno, daré al fin
con los malos españoles—que no deben
ser en número excesivo—que esgrimen
el papel entre las sombras, para elavar-
se sobre el signo en el corazón de Es-
paña.

Pero, ya veían ustedes cómo no los
descubre.

¿Qué confía en eso, después de oír
hablar contra la policía al juez encar-
gado del proceso de las estafas?

Aquí y en cualquier parte se necesita
un buen cuerpo de policía para vivir
tranquilo.

Y el que tenemos no es bueno por su
calidad ni por el número.

Así es que vivimos de milagro, y un
día nos vemos sorprendidos por las par-
tidas de Valenciano, que día nos atacan
en la calle ó nos roban la casa sin que
podamos tener el gusto de ver en la
cárcel a los autores de tales desafue-
ros.

Los yankees han dado una nueva
prueba de su civilización.

En Nueva Orleans han entrado en una
cárcel, se han apoderado de cinco ita-
lianos que estaban acusados de asesina-
to y los han ahorcado de los árboles.

Y aun nos extraña que simpaticeen
con Macao.

Dígales que ellos se juntan.

RECUERDO DE UNA VISITA

Debido a la amabilidad y galantería
de mi buen amigo D. Obedio Moncada,
director de EL ECO DE CARTAGENA, y de
su distinguida esposa, fui invitado a pa-
sar un día en sus posesiones de Portmán,
invitación que acepté gustoso.

El viaje fué algo pesado por las cues-
tas que hay que atravesar y los conti-
nuos vaivenes que hay que sufrir por
entre aquella sierra.

Qué pena se siente al ver durante el
viaje (aunque las paradas son muy breves)
palpable de la crisis que se deja sentir
en la sierra de Cartagena!

Llegué al pueblo de Portmán, pueblo

enteramente minero y que ofrece un bo-
nito golpe de vista.

Después de atravesarlo, di vista a la
casa blanca, tejada, hermoso edificio en
clavado en los riscos de la sierra, en-
volada en espesos ramajes y en corpu-
lentos y frondosos naranjos.

Pontré en el huerto de Santa Catali-
na, que así se llama, y es imposible que
mi torpe pluma pueda describirlo con
todos sus detalles. ¡Qué satisfacción ex-
perimenta el alma al verse en medio
de aquella flora tan exuberante!

Me creía transportado a una región
ideal, a uno de aquellos jardines de ha-
das, de los cuentos de las mil y una no-
ches.

Sabí a la terraza, donde el panorama
que se ofrece a la vista es encantador:
el mar y un inmenso manto de flores y
verdura.

A la laguna, descansa en un pómico
alto que los moradores de la quinta, lla-
man el Cusino, con su amplio toldo de
árboles, y donde el aire del mar enen-
cha los pulmones.

A esta sierra del paraíso, de to-
rrente de luz y de vida la respaldan
y querida familia que allí mora.

La dueña de aquel oasis, señora esti-
madísima y querida de todo el que le
rodea, bondad personificada, y en cuyo
corazón se aloja la Caridad, el más her-
moso blason que pueda ostentarse.

Diganto sino las familias pobres de
aquel pueblo, que en su rústico len-
guaje no encuentran frases de elogio para
bendecirla y venerarla.

Su amable esposo, con la galantería
que tanto le distingue, y con esa diplo-
macía tan característica en él, me aga-
sajó espléndidamente.

Ante aquel hermoso panorama, en
donde la naturaleza se muestra tan ex-
huberante, y las flores se entrelazan dan-
dote amorosos besos, el hombre más
despreocupado tiene que admirar a Dios,
que desde su altura señala a los mortales
un destello de su divina obra.

Jamás olvidaré la visita a Santa Cata-
lina de Portmán; su recuerdo gratísimo
nunca se borrará de mi mente.

Serafin Albareda.

SANTA CATALINA

Del Betis cristalino

junto a la orilla
de Córdoba en los bellos alrededores;
hay una casa blanca
pobre y sencilla
que siempre me recuerda tiempos mejores.

Antonio Hernández Ordoñez.

De Portmán en la Sierra
frente a su playa,
al pie de la montaña que la rodea,
se divisa elegancia
como alaya,
la hermosa casa blanca de aquella orilla.

Forman en su cercado
las lindes flores,
guirnalda elegantes, bellas, hermosas,
que sirven de remate
de su tocado,
como adorno precioso de frescas flores.

El jazmín, la azucena,
la dalia bella,
se entrelazan creyendo como una sola,
y la brisa suave
su cáliz sella,
repartiendo el perfume de su corola.

El amor, la ventura,
la gracia fúnebre,
que apañan a la vida de quien los admira,
representan gozosos
la dicha terrena,
que reciben las penas de quien suspira.

Pero no es esto solo
lo que agradece
el corazón humano que estiben espera,
sino aquella acogida
que no muere,
y al recibirla siente que la venera.

Un recuerdo constante
guarda milmente,
de aquel tan cariñoso recibimiento;
que nunca pagar pueden
cumplidamente,
las palabras, las obras, ni el pensamiento.

Pero puedo cantando
mirar al cielo,
bendiciendo la dicha de haber nacido;
pues los seres que moran
en ese suelo,
merecen la ventura de ser queridos.

Gerónimo Giménez

30 Julio 96.

La velada marítima

Ante todo un aplauso entusiasta a la

ALICIA O LOS MISTERIOS

320

guidamente perdido y luego volvió a ganar, esto era
una provocación muy dulce. Una noche después de
haber pasado largamente a la ruleta aceptó una
partida de escarto con un francés de rango ele-
vado.

Legard estaba bien, esto luego como todos los de-
más que se le ocurren tener conciencia, pero se ima-
ginó que iba a hacer fortuna con el francés.

Aquella partida duró la noche y la casa se
cubrió de gente, las apuestas eran considerables, la
multitud de Legard no estaba acostumbrada en la
competencia que se le ofrecía.

Muy luego percibió evidente que el francés jugaba
tan bien como el inglés, las apuestas que al prin-
cipio eran bastante fuertes se debieron Legard apos-
tar en la última imprudencia de Legard se abate-
ron cuando el inglés anunció que tenía 1000 francos
y más en su bolsillo, pero Legard se sentó a la mesa
y prometió pagar al inglés el millón
te por la mano.

Llegó la hora de irse al mundo le retiró. Entre los
señores de la mesa un inglés que había sido pre-
sente en el club aquella misma noche, esto no ju-
go al escarto, pero estuvo observando a Legard con
una seria atención.

Dicho inglés se había hospedado en el mismo ho-

321 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

en que vivía Legard y solamente debía pasar un día
en Venecia.

Esa noche, noche al club con objeto de examinar
una colección de periódicos ingleses, al momento
de curiosidad que reunió la gente al rededor de la
mesa del escarto, le atrajo también y el espectáculo
de las emociones humanas ejerció en él un encanto
nocturno.

Al subir por la escalera que conducía a su habi-
tación oyó un profundo gemido en una pieza cuya
puerta estaba entreabierta. Se detuvo, volvió a oír
el mismo sonido, compuso suavemente la puerta y
vio a Legard, sentado, con una mano en su cabeza
delante reflejando sus facciones convulsamente agi-
tadas y sus manos que se le veían temblar al tocar
de su cabeza un par de pistolas.

El inglés se acercó al jugador desahogado del
club y adviniendo el secreto que le revelaba la postura de la
desesperación.

Dos veces tomó Legard una pistola, dos veces la
puso sobre la mesa, la tercera vez se levantó todo
temblor, apuntó el arma contra su cabeza, pero un
instante después la vio arrancada de su mano.

Los dos señores miró, dijo el extranjero con una
voz alta e imperiosa. Acorralado Legard y humilla-
do, se dejó caer en la silla mirando a su compañero

ALICIA O LOS MISTERIOS

321

—Si la vida es un depósito para vos, la riqueza
puede ser otra para mí, ¿verdad es lo que me dices?

Legard se estremeció, un conflicto terrible se sus-
citó en su pecho entre la vergüenza y la esperanza.

—Si yo tomara prestada esa cantidad, ¿dijo en voz ba-
ja, podría pagarla más tarde; estoy seguro de que po-
dré hacerlo; de otra manera no lo pensaría.

—Muy bien, que así sea, no pretencé el dinero con
una condición, darme, vuestro, palabra de militar,
de caballero, que durante es espacio de diez años,
y un cuando lleguéis a ser un rico que podáis arrar-
nar a otros, no tocaréis una carta ni a un dardo.

Prácticamente, que así sea, ¿verdad es lo que me dices?
Legard se estremeció, un conflicto terrible se sus-
citó en su pecho entre la vergüenza y la esperanza.

—Si yo tomara prestada esa cantidad, ¿dijo en voz ba-
ja, podría pagarla más tarde; estoy seguro de que po-
dré hacerlo; de otra manera no lo pensaría.

—Muy bien, que así sea, no pretencé el dinero con
una condición, darme, vuestro, palabra de militar,
de caballero, que durante es espacio de diez años,
y un cuando lleguéis a ser un rico que podáis arrar-
nar a otros, no tocaréis una carta ni a un dardo.